

Modelos literarios en la teoría del lenguaje: la aportación de Hernando Alonso de Herrera

María Asunción Sánchez Manzano
Universidad de León

1. Hernando Alonso de Herrera y su obra en el contexto de su época

La renovación que produjo el Renacimiento se nutrió parcialmente de los elementos tradicionales después de elaborarlos bajo una nueva luz. La insistencia en el cambio del método en las disciplinas humanísticas no elimina de raíz las concepciones anteriores, sino que vuelve a combinar los contenidos de otra forma.

Los modelos teóricos comienzan a integrar los datos positivos acumulados por largos siglos de comentarios. Se produjo un doble resurgimiento del interés por conocer la gramática, esto es, al principio del XVI y a finales de este siglo, pero desde presupuestos distintos.¹ El avance lento de la gramática hacia la sistematización se ve dificultado por la hipertrofia de la retórica, que invade incluso los dominios reservados a la dialéctica.

En efecto, el retroceso de la dialéctica se pudo deber tal vez al propio fracaso de los ensayos escolásticos, que abrieron paso a un desolador escepticismo a finales del siglo XV. Pero el triste resultado se explica también por la extensión del esquema de la lógica escolástica (que había conseguido avances notables) a temas que difícilmente podían exponerse en la alternativa entre un sí y un no. Los dilemas éticos y las paradojas de la experiencia llevaron al arte de discutir a un callejón sin salida.

Al revisar cómo se había procedido hasta entonces, se pudo observar que era posible mantener los fundamentos desfigurando la edificación jerárquica de los saberes. El sistema del *quadrivium* se transformó también por el avance de

¹ Cf. Eustaquio Sánchez Salor, *De las elegancias a las causas de la lengua: retórica y gramática del humanismo*, Madrid, Laberinto, 2002.

de manifestaciones se combina con la condición de la disputa. Este elemento se remite más bien a épocas posteriores, en que las polémicas doctrinales entre escuelas filosóficas y posturas teológicas encontraban en este género un cauce de expresión. Por eso, debemos observar el modelo ciceroniano en aquellos diálogos humanistas que buscaban un acuerdo entre opiniones o escuelas.

El diálogo medieval, desde Alcuino⁵ al menos, estaba definido por la alteración de los parlamentos de un maestro y de un discípulo⁶ que asentía a las repeticiones y motivaba la extensión o la restricción de éstas en la medida conveniente para exponer la doctrina.⁷ En el diálogo platónico, el maestro era el moderador de la charla, inspirando mayéuticamente la perplejidad o el entusiasmo del discípulo. En cierta medida, San Agustín fue el transmisor de este modelo a la Edad Media cristiana, a través de sus opúsculos *Contra Academicos*, *De uita beata*, *De magistro*, *De libero arbitrio*. Incluso la alegoría, inseparable de la interpretación medieval de las Escrituras, tiene su precedente en el curioso diálogo Psd. agustiniano *De altercatione Ecclesiae et Synagogae dialogus*. Se aplicaba al debate, no ya filosófico, sino a la polémica interreligiosa, planteada como discusión dogmática y no sobre la doctrina ética, que era la que condicionaba la vida cotidiana de cada sociedad. Sin duda San Agustín fue la figura más influyente en la cultura europea al Norte de los Alpes hasta el Renacimiento, y se encuentran ecos de este legado en escritos dialogados durante todo este periodo cultural. En su tradición se fundaron las enseñanzas de las escuelas monacales y catedralicias promovidas por la reforma carolingia. En cambio, en el Sur de Europa se difunde la enciclopedia isidoriana, se conservan instituciones sociales y culturales romanas, (en particular, las derivadas del ordenamiento jurídico) y la cultura de procedencia helénica a través de Bizancio y los árabes.⁸

Por otra parte, en la vestidura del diálogo medieval tardío, la exposición en sí misma no convence. Deja de ser un fluir de la doctrina,⁹ cuya prueba de veracidad es incontestable porque deriva de un prestigioso maestro, para influir

⁵ *Protrepticus*, *De dialectica* de Alcuino de York.

⁶ Así, por ejemplo, el *De elementis* de Marius Salernitanus (Richard C. Dales, *Marius: On the Elements*, Berkeley, University of California, 1976).

⁷ Sobre las formas del diálogo filosófico medieval cf. *Gespräche lesen. Philosophische Dialoge im Mittelalter*, ed. Klaus Jacobi, Tübinga, Narr, 1999, en particular el completo inventario recogido por Misha von Perger "Vorläufiges Repertorium philosophischer und theologischer Prosa- Dialoge des lateinischen Mittelalters", en pp. 435-494.

⁸ La tradición árabe no es ajena a la práctica didáctica de las *quaestiones* que se difunde en las universidades. La anécdota y el comentario en diálogo con el autor comentado propician esa actitud crítica del diálogo bajomedieval. Cf. Por ejemplo M^a Concepción Vázquez de Benito, *La medicina de Averroes: comentarios a Galeno*, Salamanca, Universidad, 1987, pp. 15, 53 y 115-116.

⁹ Las modificaciones más destacables en el diálogo del siglo XV han sido expuestas por David Marsh. *The Quattrocento Dialogue: Classical Tradition and Humanist Innovation*. Cambridge, Mass. Londres, Harvard University, 1980. Una perspectiva histórica de su desarrollo en Eva Kushner. *Le dialogue à la Renaissance. Histoire et poétique*, Ginebra, Droz, 2004. Tal vez el punto de partida de Herrera pudo ser el *De uero falsoque bono*, de Lorenzo Valla, pues italiana también fue la idea de escribir una versión en lengua vulgar, como hacían algunos humanistas ausonios como el propio Pietro Bembo.

en el ánimo del interlocutor y del lector. La actitud ante el saber cambia, pero no es una simple comunicación, sino una iluminación del entendimiento, que descubre con asombro la belleza de la verdad. Ésta, la doctrina verdadera, se convence por sí misma, necesita una puesta en valor adecuada por medio de una estratégica metodología. El escepticismo no da paso a un relativismo en la medida cínica, sino que despierta el ansia del descubrimiento, porque todavía cree que la verdad existe.

En esta evolución de la mentalidad de los intelectuales medievales, la afición por los modelos matemáticos se difunde extensamente. Para los medievales la matemática constituía el primer peldaño en el ascenso de la mente hasta Dios, garante de todas las explicaciones pertinentes al mundo. San Anselmo, San Alberto Magno y la escuela de San Víctor, que culmina en San Buenaventura, continúan esta modalidad de razonamiento. En cambio, la escuela piagnola-platónica de Florencia tendió a un inmanentismo, en el que las leyes de arriba y las de abajo, no podían ser distintas, por lo que no era necesario subir en la escala de los seres para comprender todo lo demás, y así prefieren comenzar la investigación a partir de dimensiones mejor dominables. Partiendo de la matemática, la escuela lógica de John Mair triunfa en París, y exporta discípulos a nuestra tierra. En la práctica significa una alternativa a las complejas páginas de objeciones y solución de las objeciones que seguían al planteamiento de un axioma. Como conclusión de todo ello, se sospecha que el sistema de la verdad debe no ya descubrirse, sino lo que es más, identificarse, bien con un objeto matemático, bien con su trasunto lingüístico: la verdad está en el lenguaje. Por ello habrá que depurarlo de toda inexactitud.

De París vienen también dos grandes conocedores de Aristóteles, Charles de Bovelles¹⁰ y Jacques Lefèvre de Étapes (Jacobus Faber Stapulensis). Bovelles conocía bien el debate lucianesco, que va a inspirar muchos de los diálogos humanistas, pero no es un diálogo que se adapte muy bien a una discusión de autoridad sobre una tesis previamente planteada.¹¹ Se trata más bien de un debate retórico y de un juego de ingenio, en el que el lector se sorprende de la habilidad con que se emplea el lenguaje, nunca unívoco, sino abierto a la ambigüedad y al doble sentido imposibles para la construcción de verdades absolutas y simples.

Bovelles era muy amigo del Cardenal Cisneros, por que visitaba nuestro país desde 1505, y un gran matemático. El legado de la matemática antigua presentaba el cálculo proporcional como medio esencial del progreso según la proporción es la *ratio* concepto de la teoría del lenguaje desde antiguo, y que a mediados de siglo será antepuesta a la propia significación en sí. Este aspecto concuerda perfectamente con la interpretación analógica de los fenómenos por

¹⁰ Cf. Joseph M. Victor, *Charles de Bovelles, 1479-1553: an intellectual Biography*, Geneva, Librairie Droz, 1978.

¹¹ Robert Weimann, *Authority and Representation in Early Modern Discourse*, Baltimore-London, John Hopkins University, 1996.

El concepto de verdad al que estaban acostumbrados se fundaba más en la comparación en términos de semejanza, que en la pura conexión de causas y efectos que ligaba lo existente. De ahí que el papel de la retórica pudiera ser, por una parte, prevenir la ambigüedad de los enunciados, y por otra, la búsqueda de analogías que pudieran servir para la explicación.

Tengamos también en cuenta la estructura de los estudios universitarios en el Medioevo, y la rivalidad entre los que se fundaban en la distinción entre artes liberales y técnicas, y los influidos por la propia articulación del legado aristotélico (*Organon*, *Physica*, *Etica*, *Metaphysica*, y *Formalia* que incluía retórica, estética y poética). En la lógica medieval, previa a la fundación de las universidades como la de San Víctor (hacia 1150) asume la preparación en gramática, y una *lógica dissertativa* en dos facetas, la *demonstratio probabilis* (que incluía Dialéctica y Retórica) y la *demonstratio sophistica*. A mediados del siglo XIII, los cursos de artes fueron modificados, y se organizaron planes nuevos en los que entraron las artes filosóficas, natural, moral y metafísica.¹² La vieja lógica contenía las *Categorías*, el *De interpretatione* de Aristóteles y la traducción de Boecio a la *Introducción* que hizo Porfirio a las *Categorías*, además de los propios comentarios de Boecio a lo que decía Aristóteles y a lo que decía Porfirio sobre esta obra, los *Tópicos* de Cicerón y el *De differentiis topicis*. Sobre todo esta última estimuló el desarrollo de la lógica en los siglos posteriores¹³. La discusión escolástica tenía elementos estéticos y estaba teñida de una cierta concepción de las disciplinas del lenguaje. El humanismo recuperará la tradición de la filosofía natural aristotélica, con la revisión de los comentarios griegos, bizantinos y árabes.

En este momento cultural se unen también desde París las actitudes revisionistas de Lorenzo Valla y Rodolfo Agricola. La influencia de Valla sobre Herrera es más apreciable en otras obras, pero se puede entender implícita en el esfuerzo de nuestro profesor en la depuración de los usos en el empleo de la lengua latina.

Lefèvre, comentarista de Aristóteles, empleó también la forma del diálogo, si bien destaca a los ojos de cualquier lector la falta de viveza y agilidad, el escaso artificio con que está compuesto. Por eso, en la *Disputa* de Herrera, sin olvidar este modelo, debemos observar los recursos persuasivos que no vienen por vía del diálogo o del silogismo,¹⁴ sino que se les añaden a partir de los usos de la escuela de Mair, en concreto, la metáfora y el ejemplo analógico. Además, a decir de Jesús Gómez, destaca en España la continuidad entre el diálogo medieval y el renacentista, porque existe una herencia temática¹⁵ suficiente.

¹² James A. Weisheipl, "The Classification of the Sciences in Medieval Thought", *Medieval Studies*, 27 (1965), 54-90.

¹³ Gordon Leff, "El trivium y las tres filosofías", en *Historia de la Universidad en Europa*, ed. H. de Ridder-Symoens, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994, vol. I, pp. 351-384.

¹⁴ Los lógicos medievales distinguían entre silogismos dialécticos y demostrativos, de manera que los primeros, siendo válidos carecían de certeza absoluta. De ahí también el esfuerzo argumentativo del autor por aproximar sus premisas a una conclusión inequívoca.

¹⁵ Cf. Jesús Gómez, *El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra, 1988, p. 216.

El tercer elemento que apuntábamos, esto es, la revisión de las *Categorías* y su comentario renueva los fundamentos de la lógica, en cuanto que esa obra aristotélica era el primer estadio para la definición de los términos que se iban a discutir, y bastaba la subversión del orden jerárquico especificado allí para que todo el razonamiento y la argumentación de cualquier cuestión quedara anulada. Sin embargo, a decir verdad, el autor respeta las distinciones entre invención y juicio en las demostraciones que propone al lector. Así parece haber un cierto escape de la rigidez del esquema, distrayendo al lector del avance riguroso.

Por eso también la característica tradicional del empleo del comentario para presentar doctrina es aprovechada e incluso potenciada por la escenografía herreriana. Y digo escenografía, porque el diálogo que compone está compuesto de elementos teatrales, según veremos a continuación.

b) Las aportaciones de la obra herreriana.

Frente a las tres características tradicionales que acabamos de esbozar, presentamos ahora el aspecto que les da Herrera, al tratarlos con ingredientes renovadores.

En primer lugar, el diálogo no se establece con la perspectiva maestro-discípulo, sino que con el pretexto del tratamiento debido a los comentaristas afamados, invierte la distinción. Nos sorprende el atrevimiento en cuanto ponemos la vista en las primeras líneas, en las que se presenta una lista de los comentaristas que van a intervenir bajo el título de "venturosos vencedores". El escenario va más allá de las disputas teológicas de un Guillermo de Ockham sobre la primacía de la sede romana. En este caso, desde una exposición de doctrina nos trasladamos a un escenario de torneo medieval, a una "justa" castellana donde los aspirantes mueven sus armas contra los campeones más conocidos. Entre ellos sitúa en el capítulo tercero a Alonso Ruyz Isla, descendiente del Rey. Pero en apoyo de la renovación, los justadores pretenden alcanzar la gloria al vencer por la dialéctica a buenos conocedores de la doctrina de Aristóteles. Por otra parte, sin duda reconocemos en ello un recurso de la retórica del elogio, al querer presentar para esta función a personajes del entorno intelectual y político de Cisneros.

Por otro lado, si intentamos adentrarnos en el debate sobre la esencia del lenguaje, encontraremos todavía en el tema propuesto por Herrera las bases de la controversia sobre la significación que había llenado muchas páginas desde San Anselmo. La función mediadora de los conceptos entre el lenguaje y las individualidades aprensibles en la realidad fue resuelta de distinta manera por Buridan y por Ockham; el primero parece confinar los conceptos en el universo del lenguaje, y desde esa perspectiva, el terreno de la disputa se abre en el nivel de las abstracciones. La tesis que se propone es precisamente "las palabras no son cantidades", y cada silogismo pretende sostener una lanza a favor de una causa, pero no en forma de *quaestio disputata* sino buscando cierta distancia respecto de esta forma académica de exposición.

Sin embargo, por este método nos conduce a conclusiones que no terminan de formularse de manera uniforme en positivo. Por eso, este texto tiene algo de *ludus* de juego con el lector; un juego lógico con algo de *ludus* escénico. El lector sólo puede quedar satisfecho si admite la complicidad con lo que Herrera dice, mientras adivina lo que calla. Y en esto último estaría el contexto próximo y el motivo de este juego crítico, aunque los lectores de nuestro tiempo carecemos de los datos que tenían entonces. La composición pudo ser una reacción contra alguna publicación de su entorno, sin que podamos tener certeza de cuál fue esta. A sabiendas del riesgo de equivocarnos, podemos pensar en el comentario a las *Categorías* publicado por Bartolomé de Castro en Toledo en 1513,¹⁶ que lamentablemente no hemos podido localizar hasta ahora. Castro y Herrera fueron atraídos por el prestigio que adquirieron otros comentaristas del XVI. Llegamos a saber lo que el lenguaje no es, antes que a conocer cómo es. La pista en este sentido se nos ofrece tan sólo a través de la categoría temporal. Pero tal situación nos lleva demasiado lejos, en la imposibilidad de medir un tiempo absoluto a partir de los patrones relativos. Tal vez la cualidad de ser medido no concierne tan definitivamente el lenguaje como el desarrollo temporal. Por tanto, el primer razonamiento se refiere a la cantidad continua y a la cantidad discreta, que no se pueden unificar. El pensamiento como el lenguaje y el tiempo se entiende en sucesión, pero también en simultaneidad. Ésta cuestión centra el debate más complejo de la obra, entre Boecio, Pedro Mártir de Anglería y Ludovico de Étamples: el tiempo, que es cantidad continua, mide las hablas, por lo que éstas no pueden ser cantidades discretas, esto es, contradictorias con aquello que las mide. En cambio, la cuestión se clarifica bastante cuando se le aplica al lenguaje, ya formulado y extendido, subdivisiones internas. La expone el texto de Georgio Valla¹⁷ en el que la oración se distingue por contener más de una voz significativa, mientras que a su vez la letra sola, exceptuando el imperativo del verbo *eo*, no constituye dicción.

Reconocemos entonces a Herrera como gramático, cuando reconoce un grupo de unidades que se incluyen y presuponen unas a otras: la letra, la sílaba, la palabra, la proposición, la oración. Pero la propia definición de estas unidades es dispersa, de manera que la letra sea la unidad fronteriza con el no-ser. De ahí, de ese límite individual de la letra y la sílaba, cuantificable, desea Herrera sacar un concepto más completo y exacto. Para ello razona sobre la infinidad de patrones de medida, considerados para medir y para ser medidos, y la teoría de los contrarios.

Pero tampoco le satisface un modelo explicativo constituido por meras unidades, un accidente no puede explicar la esencia. Por eso también, dando un rodeo en el capítulo séptimo por la exposición del comentario de San Alberto Magno, pretende llevar al lector más lejos en el supuesto de la temporalidad como

¹⁶ Comentario citado por Vicente Muñoz Delgado, "Nominalismo, lógica y humanismo", en *El nominalismo en España*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1992, pp. 109-174, en p. 152.

¹⁷ *De expetendis et fugiendis*, Venetiis, Ioanis Petri Vallae in aedibus Aldi Romani, 1501, vol. I, pp. XVIII.

cantidad continua, despojando a tiempo y lenguaje de la cantidad cualquiera que es propiedad exclusiva del número.

Otro tema discutido en el siglo XIV había sido la distinción entre lenguaje hablado, lenguaje escrito y lenguaje interior, y de ello se hace eco Hemen a través de las citas de los comentaristas. Ockham obtuvo de esa diferencia la manera de independizar la significación respecto de la teoría gramatical. Así los valores semánticos de las proposiciones eran una referencia de los conceptos al sujeto y predicado, pero además se relacionaban con los patrones sintácticos en cada lengua, si bien en un análisis distinto. En este tema, el autor de la *Disputa* muestra su preferencia por la solución del escotista Francisco Mairones.¹⁸ Partiendo de esa definición que incluye los elementos más simples en los más complejos, señala que la oración es esencialmente voz y la voz es sonido, de manera que se concluye que el lenguaje, en su acepción oral, es cualidad y no cantidad en absoluto. Y aunque los discursos mentales admitan una expresión limitada y cuantificable, los actos del entendimiento de los que se forma un fragmento de discurso son cualidades, por lo que se remite al discurso escrito como único caracterizado por la cantidad.

Comprendemos así la aportación en cuanto a la doctrina filosófica de lenguaje, pero también podemos recomendar otras buenas invenciones de este maestro de retórica de Alcalá y Salamanca en el plano de la composición.¹⁹ Aunque no puede compararse con un diálogo de carácter didáctico²⁰ como el *De imitatione Ciceronis* de Palmireno, o el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés, que ejemplifican sobre la base de una lengua histórica existente, merece señalarse el acierto con que se aprovechan los recursos de las dos lenguas, la castellana y la latina en aras de conseguir el objetivo propuesto. Consolación Baranda coincide también en destacar la habilidad en el uso del lenguaje y su eficacia en simular distintos tonos que dan variedad a la lectura.²¹

Una aportación interesante a partir de un modelo heredado de diálogo²² es la creación de escenas, propia del teatro, para la introducción de algunos capítulos.

¹⁸ *Passus super Vniuersalia Porphyrii et super Praedicamenta et Peri Hermeneias Aristotelis abminati Francisci Maironis*, Illerdae, Henricus Botel, 1485, f. 12v.

¹⁹ Debemos recordar que la preceptiva de este género en España tarda en aparecer, y es descrita dentro de la teoría retórica dominante en el último cuarto del siglo XVI, en pleno debate sobre el ramismo, y después que se ha reprimido la imitación de Erasmo, superándose una buena etapa de floración del diálogo humanista dentro y fuera de nuestras fronteras. Así se concluye del estudio de modelos y normas que hizo Jackeline Ferreras, *Los diálogos humanísticos del siglo XVI en lengua castellana*, Murcia, Universidad, 2003, pp. 55-74.

²⁰ Un autor debe cuidar bien la orquestación del diálogo de los personajes, sobre todo en el caso de aquéllos animados por una finalidad didáctica, puesto que la confrontación de opiniones puede oscurecer la verdad que se intenta comunicar. Cf. Jesús Gómez, *El diálogo...*, cit. en nota 15, p. 64.

²¹ Consolación Baranda, "Un 'manifiesto' castellano en defensa del humanismo: la *Breve disputa en ocho leuadas contra Aristótil y sus secuaces*, de Hernando Alonso de Herrera (Alcalá, 1517)", *Criticón*, 55 (1992), 15-30, p. 27: "La manipulación lingüística tiene una función decisiva en la *Disputa*: refuerza su componente ideológico, y al convertir la lengua en habla, hace que los interlocutores se encarnen y comprometan con su momento histórico concreto."

²² Cf. Virginia Cox, *The Renaissance Dialogue*, Cambridge, University, 1992, especialmente pp. 5-7.

En el género podía reconocerse una cierta gradación entre aquel debate que tiene al autor como personaje, de manera que su discurso es comprometido, aquel otro donde el autor habla por boca de alguno de sus personajes, a menudo identificables por expresivos nombres parlantes,²³ un diálogo desapasionado entre un maestro y un discípulo, y por fin, una escena de diálogo, en la que la distancia con el verdadero parecer del personaje puede ser infinita. Además, el diálogo ciceroniano exigía verisimilitud y cuidado de la cortesía. La asimetría o la búsqueda de variedad que admiramos en los capítulos pretendidamente guiados por el esquema dialéctico incluye alguna de estas posibilidades: el autor se enfrenta a la autoridad misma de Aristóteles en el primero de ellos, en el segundo, su hermano Diego hace "como si se hubiese encontrado" con Pedro Hispano, la aparición de Juan Versorio en el tercero se figura la "resurrección" del autor fallecido (*Surge, Versori* en folio c.i.v.); en cambio, en el sexto, el autor afirma explícitamente que habla por boca del personaje Pedro del Campo ("las sentencias que diré, tuyas son, las palabras son mías y ordenadas a mi guisa" en l.iii.r.).

Una aportación más de los diálogos presentados en la *Disputa* consiste en el uso del tiempo narrativo. Un detalle atractivo para el lector es la actualización de los parlamentos de los antiguos comentaristas, en un espectacular salto anacrónico a los contemporáneos de nuestro Herrera. En efecto, podría haberse escogido cualquier otra estratagema, la lectura de los personajes del parecer de una antigua autoridad, la presentación por un narrador del pasaje controvertido, etc. El primero que se presenta frente a don Fernando es el propio Aristóteles, que se queja de que su pensamiento haya sido mal recogido e interpretado. Pero en el capítulo quinto, el famoso humanista italiano Pedro Mártir de Angleria rehúsa disputar con Boecio, por lo que se dirige al comentarista contemporáneo Jacobo Fabro Estapulense.

El uso de la lengua puede ser resaltado no sólo por la regularidad con que se emplea el latín, sino sobre todo, por la viveza con que se comunica en un castellano aparentemente coloquial. Esta práctica sorprende bastante, cuando los modelos latinos no se caracterizan por la coloreada y multiforme variedad que presenta este diálogo. Por supuesto, en nada se puede comparar con el sistema de preguntas y respuestas habitual en las disciplinas que asumieron la norma escolástica. Las objeciones se marcan a menudo por medio de ejemplos, anécdotas o metáforas, que podrían suponer un desvío de la argumentación rigurosa. Pero según Muñoz Delgado, la lógica de aquel tiempo empleaba con profusión estos recursos.²⁴

Probablemente el autor tiene una concepción del género que limita la extensión de sus comentarios. Él mismo reconoce con humildad el escaso alcance de su comentario para la reforma de la dialéctica contemporánea, pero no duda

²³ Por ejemplo, el *Ciceronianus* de Erasmo, o el *De antiquato et obsoleto sermone fugiendo de* Martinus Accursius.

²⁴ Vicente Muñoz Delgado, "Nominalismo...", cit. en nota 16, pp. 109-174.

en adornar su pretensión procurando que se difunda en la corte con la dedicación a Cisneros. Contrasta muchas veces la frase recortada y expresiva²⁵ con los largos periodos en los que los comentaristas renombrados explican sus opiniones. No menos señalado es el uso de la hipérbole como medio de caracterizar el lenguaje coloquial o familiar, así como el discurso repetido, esto es, la cita oportuna de sentencias o dichos populares. Junto a ellos, podríamos reconocer también las referencias sentenciosas acostumbradas en los espacios universitarios de la época, pues no es extraño el uso de la cita de los autores clásicos (Horacio, Virgilio, Livio, Plinio, Marcial, Apuleyo o Quintiliano) el recurso a la mitología, la consideración de la alquimia, la aspiración a conocer las novedades que ocupaban a los estudiosos de otras tierras europeas.

Una característica interesante que se añade a las anteriores es el elogio de cada uno de los personajes que intervienen, en una breve reseña biográfica. A veces se usó más de una vez el esquema de diálogo para la exaltación, elogio y propaganda.²⁶ Parece difícil adivinar cuál era el juego elegido por don Fernando en esta ocasión, si una *laudatio* de sus amigos o una autopropaganda, al exhibir las convenientes relaciones que le unían con intelectuales influyentes. Destaca entre todas las de Hernán Núñez Pinciano, Pedro Mártir y Lefèvre. En cualquier caso, obliga a sus personajes a sostener la tesis que defiende, sin darles oportunidad de manifestar discrepancia alguna. Las "nuevas autoridades" le sirven de apoyo argumentativo, alzándose sobre los pilares de la lógica antigua.

Por eso se ve que la crítica, como se ha venido diciendo, va dirigida también contra los comentaristas de su época, y no contra el mismo Aristóteles y los antiguos, con una intención semejante a la que reconocemos en el tratado de Luis Vives *In Pseudodialecticos* de 1519. Nos sorprende que al servirse de un esquema tradicional de exposición de un tema, le imprime el rechazo a las formas nuevas, en tanto que se habla de "esclavitud" intelectual de los pretendidos seguidores de la disciplina aristotélica.²⁷

Desde el punto de vista tipológico, la elección del diálogo para la defensa de su tesis "las hablas no son cantidades" tiene la novedad de sumarse al zuge de este género, que en España será muy cultivado durante todo el siglo XVI. Una vez hechas todas las objeciones a que se trate de un diálogo puramente literario, no podemos menos de considerar también algún detalle que puede relacionar este ejercicio lógico-retórico, con el desarrollo literario de este género en lengua castellana. Así podemos recordar las condiciones observadas por Jacqueline Ferreras:

²⁵ Sobre las características de la lengua latina empleada, además de lo que se dice para aconsejar la edición del texto, cf. M.A. Sánchez Manzano, "Tradicción de la filosofía y uso de la lengua latina en la *Disputa contra Aristóteles* de Hernando Alonso de Herrera", en *Humanismo y cultura clásica en España y América II*, ed. J.M. Nieto Ibáñez, León, Universidad, 2004, pp. 251-267.

²⁶ Recordemos aquella *Disputatio de rhetorica et de uirtutibus sapientissimi regis Karoli et aliorum magistris* del año 794, compuesta por Alcuino, el fiel artífice de la política cultural de Carlomagno.

²⁷ Por ejemplo, en el capítulo cuarto "no philosophan como libres sino como esclavos"; "no devoto soy de Aristótil pero no su esclavo" en el sexto.

²⁸ Cf. "Las marcas discursivas de la conciencia individualista en el diálogo humanístico del siglo XVI", *Criticón* 81/82 (2001), 207-227.

corte con la dedicatoria expresiva²⁵ con los largos discursos en los que expresan sus opiniones. No se caracteriza el lenguaje de estas obras, la cita oportuna de autores reconocidos también en los círculos universitarios de la época, los temas clásicos (Horacio, Virgilio, Virgilio, Virgilio), el recurso a la mitología, la incorporación de las novedades que

anteriores es el elogio de la obra reseña biográfica. Tal como se ve en la exaltación, elogio o alabanza del mismo, elogiado por don Fernando de Herrera, propaganda, al exhibir sus influencias. Destacan los temas de Lefèvre. En cualquier caso, sin darles oportunidad de ser escuchados, le sirven de apoyo a la obra antigua.

En consecuencia, va dirigida más bien al mismo Aristóteles y los temas que hemos en el tratado de la dialéctica que al servirse de un ejemplo que prime el rechazo a la dialéctica actual de los pretendidos

ejemplo para la defensa de la dialéctica de sumarse al auge de la dialéctica de todo el siglo XVI. Una obra puramente literario, que puede relacionar este género en lengua española por Jacqueline Ferreras.²⁶

que se dice para acompañar la obra y uso de la lengua latina en *Humanismo y tradición* (Madrid, 2004, pp. 251-267). *Antissimi regis Karoli et Albinus* (Madrid, 1982) es una obra de la cultura cultural de Carlomagno, que se dice "sino como esclavos"; "muy

diálogo humanístico del siglo

Entre ellas, "la necesaria coincidencia por parte de los interlocutores en el interés de un tema", y "el desarrollo seguido de la interlocución, sin tiempos muertos", además de la "aparente espontaneidad".²⁷

La ficción se consigue porque parecen rasgos muy generales e inevitables. Pero también se asume la tendencia del siglo a la representación mediante el diálogo de ambientes profesionales, y las relaciones específicas de éstos. Un buen ejemplo de ello es el capítulo octavo de la *Disputa* en el relato del encuentro con John Mair. Ferreras retoma también la distinción entre "obligaciones de encadenamiento" que determinan las continuaciones posibles después de la primera intervención de un locutor (en nuestro caso, el propio autor, Herrera) y las "obligaciones estructurales" que orientan la conversación a partir de la alternativa de cierre o continuación (que en esta obra representan el silogismo, diferente en cada capítulo, que va proporcionando argumentos parciales). Por encima de estas consideraciones, el final de la obra rubrica la diversidad en extensión y temática de cada capítulo. El diálogo acaba con el reconocimiento de Mair de la victoria dialéctica de Varacaldo-Herrera, una victoria que en este último capítulo no está dominada por la estructura del silogismo, sino por el esquema del diálogo dentro del diálogo, por una anécdota que cuenta Varacaldo a Herrera. En el prólogo de este capítulo octavo señala ya la necesidad de cerrar la "obrecilla", por lo que la convención del encadenamiento está rematada con un intento de cerrar la crítica que se planteó desde el principio, pero no con el razonamiento dialéctico, sino con el ejemplo de un John Mair vencido y convencido de su fracaso en la producción de una nueva articulación de la lógica, por haber multiplicado las reglas y por llegar al punto de incurrir en problemas insolubles.

3. Conclusión

Hemos presentado las aportaciones de Hernando Alonso de Herrera al crecimiento del concepto humanista de la dialéctica. La materia con la que trabaja no es novedosa, y aún carece de los impulsos que dominarán después las corrientes intelectuales europeas y la revisión de una tradición más completa de la filosofía antigua que daría sus frutos en ese siglo XVI apenas iniciado. Por eso se hace necesaria una valoración en su contexto cultural, y dentro de las limitadas posibilidades de influencia que tenía en ese momento. Incluso la fidelidad a la persona y familia del regente Cardenal Francisco Ximénez de Cisneros pudo condicionar su actividad humanista y la difusión de su obra en el periodo posterior.

Por una parte, su interés consiste en la restauración de la unidad de las artes del *trivium*, conjuntando los contenidos correspondientes a cada una de ellas. Además, pretende frenar la difusión de la *logica modernorum* en un momento de máximo prestigio de esa escuela. Su actitud preludiaba la acogida de los debates sobre los métodos de la dialéctica, que partiendo del magisterio de

²⁶ Jacqueline Ferreras, "Las marcas..." cit. en n. 27, p. 212.

R. Agricola y de la provocación que supusieron los trabajos de Pierre de la Ramée, conduce a un replanteamiento de estas disciplinas en los últimos años del siglo XVI y sobre todo desde 1600.

Herrera apuesta por la recuperación de los comentarios más interesantes del medioevo sobre Aristóteles, sin prestarse a continuar el tomismo. Su actitud no es tampoco reduccionista, eliminando la revisión neoplatónica que procedía de las escuelas italianas, sino ecléctica.

En cuanto a la forma de esta obra, observamos el equilibrio entre el esquema del silogismo, que determina casi todos los capítulos (transformándolo así en disputa, que trata de persuadir sobre la verdad de una proposición que se demuestra) y algunas de las características del género dialogado que será uno de los marcos literarios más representativos de la época. Destaca también el empleo de las dos lenguas, una redacción menos expresiva en latín académico, que va siguiéndose página a página de una versión en lengua vulgar, que le da motivo para mostrar el desarrollo y la viveza del castellano de entonces en la exposición de una temática tan compleja. El dominio del lenguaje y de recursos para la ejemplificación de manera sencilla la proposición que somete a disputa, permite el ajuste de un debate académico a un diálogo que pretende reproducir con naturalidad la comunicación oral. A este respecto no podemos olvidar la preparación de este autor, catedrático de Retórica, una disciplina en expansión en la Europa de entonces, a partir de la renovación de la tradición helénica (Hermógenes y Jorge de Trebisonda) y latina (Cicerón y Quintiliano).

En un año
Gravina publicó
dedicado a Mar
Academia de l
encontraba de

En el momen
el ápice de su f
había alentado
Arcadia, que, ba
la redacción de
en el de las X
primeros en co
nacionales, y a
rudimentaria de

¹ La obra de G
Gregorio Mayáns,
elogio del italiano.
Amsterdam, 1738, i
ex aureae aetatis s
conficeret acutum,
elegantiae plenum,
aquella fuerza exp
un estilo propio p
de la más grata ele